

GENTE DEL MAR

Prof. Alfio A. PUGLISI

Escuela Naval Militar
República Argentina



2010 es el año internacional de la gente del mar, antes “marinería” pero hoy por extensión toda aquella ligada al mar. Sobre ella vamos a hacer un par de evocaciones.

En primer término viene a nuestra mente una imagen asociada con la gaviota y, en todo caso, con el albatros, cuyos vuelos simbolizan la libertad. ¿Puede alguien concebir la vida del marino sin la libertad? Libertad de espacios, libertad de vivir y andar, libertad de maniobra hasta alcanzar un objetivo, libertad de partir y libertad de regresar. Toda la *Odisea*, modelo en su género, es un viaje de regreso al hogar, a la familia, a las fuentes.

Todo viaje es también una prueba, un rito de iniciación, porque cada viaje es morir y renacer un poco; no hay un viaje que sea igual a otro y de cada uno de ellos se vuelve distinto, renovado. Toda partida equivale a un duelo, a una muerte del protagonista. Su transcurso no siempre es placente-

ro, puede ocurrir lo inesperado, la sorpresa. Y a medida que transcurre, lleno de peripecias, va dándose un encuentro del yo consigo mismo, con la mismidad del protagonista, que culmina con el reencuentro con los suyos. Es su redención.

La *Divina Comedia*, la *Odisea*, constituyen viajes iniciáticos, hay un viaje dentro del texto de *Sobre Héroes y Tumbas* – título sugerente que caracteriza una época -, también lo hay en el *Martín Fierro*, viaje de ida y vuelta, y en *Don Segundo Sombra*, tras el que adquiere madurez un adolescente. Se ha dicho una y mil veces que el mar transforma los niños en hombres.

Otro símbolo se añade a tal peculiaridad y es el mismo mar, elemento donde transcurre la vida del marino. En general con él se alude a lo misterioso, lo peligroso, lo profundo; algo que provoca, que promueve su exploración y que constituye un desafío constante. El mar es símbolo de la mujer y del origen de la vida. El mar está ahí y debe ser penetrado. Por eso el mar es al mismo tiempo tentación y tabú para quienes desean atreversele.

En él se navega con temor gozando de libertad. ¿Cómo pueden conjugarse ambas cosas? La libertad no es más que una cara de la moneda de la conducta, la otra es la responsabilidad, que se expresa primariamente como idoneidad. Y es imposible segmentar una y otra. El Coloso de Rodas era acaso la puerta iniciática entre cuyas piernas se accedía a la ciudad; el Faro de Alejandría iluminaba el puerto simbolizando la luz de su biblioteca; hoy según el psi-

coanalista Víctor Frankl, a la Estatua de la Libertad en la costa este debería agregársele otra a la responsabilidad en la costa oeste. Señal de los tiempos.

Los derroteros dentro de la inmensidad del mar están gobernados por la conducción, no se hace lo que se quiere, no se manda un barco – ni siquiera uno de guerra –, se lo conduce. Todos deben llegar mancomunadamente a destino, afirmar al grupo en pos de un destino es el sino del capitán. En el mando, se anonada al otro, sólo se afirma la voluntad del que manda, por eso pueden alcanzarse objetivos sobre un tendal de cadáveres. Los tristes ejemplos de figuras como las del capitán William Bligh del *HMS Bounty*, Ahab de *Moby Dick* o Philips F. Queeg del *Motín del Caine*, siempre terminan mal y constituyen la personificación de lo que no se debe obrar. Sólo dan algún beneficio a Hollywood o a la TV. Obsérvese también como se asocia el capitán a su barco; algunos lo construyen (Noé, Piedra Buena, Rickover), otros mueren con él.

La conducción favorece el trabajo en equipo, sustentado por algo más profundo, el espíritu de cuerpo. Sólo si se alcanza esto último puede hablarse de una mística. Lograrlo queda reservado a grandes líderes, a veces es obra de varios a lo largo de cierta continuidad histórica. La mística es obra del tiempo. La condición de trabajo, las limitaciones naturales que operan como parámetros de la libertad influyen para crearla. Hay una mística del ballenero, del pescador, del submarinista, del aviador que despegas y busca a su portaaviones en el mar y esa mística los trasciende. En general desde milenios ellos se han afincado en ciertas parcelas costeras transmitiendo su profesión de padres a hijos y de éstos a nietos, de generación en generación. Es el caso de maluinios, genoveses, venecianos, gaditanos, tarantinos, etc.

Al trabajar en grupos se cede algo para obtener otro tanto de los demás. Se obla para enriquecerse. La disciplina transforma al grupo desorganizado en un equipo organizado. Cuesta al principio; luego, consolidada, se agradece. En el trabajo en equipo cada uno posee sus roles claramente delimitados tanto como el objetivo perseguido, ellos pueden ser intercambiables respetando la unidad y el logro. “*Andá que yo te cubro*”, se oye decir. También la dinámica, el accionar está premeditado. La creatividad, la espontaneidad grupal ceden en pos de la táctica.

No se concibe un buque sin este carácter, desde los tiempos del remo en los que la sincronización era capital, es decir, su carencia o defecto podía significar la muerte del conjunto. La vela le dio más libertad al marino y el vapor más aún. Pero la tecnología lo fue separando del gozo placentero del peligro, de la curiosidad por lo nuevo, en fin, del contacto con naturaleza.

Antes, el marinero era representado poseyendo grandes bíceps, éstos se desarrollaban – a veces después de tantas flexiones – para izar y arriar velas. La imagen de *Popeye* da cuenta de ello. Hoy, su necesidad ha desaparecido y muchos cumplen sus guardias, durante horas, al frente de una computadora. Ya no ven, o acaso apenas, una tormenta sobre el horizonte, no sienten el chubasco frío ni el gusto salado sobre la boca. En caso de combate deben prontamente desalojar la cubierta. Queda el pescador, aún artesanal, y la marinería de abordaje o de rescate, siempre arriesgada. El marino amigo de la libertad y del desafío del viento se ha ido haciendo tecnodependiente. Ni cálculos hacen algunos, están en manos del GPS tanto como del celular y no éstos en manos de ellos.

El gran desafío del presente es conjugar la tradición con la innovación tecnoló-

gica. Algunas armadas ya ni tienen veleros escuela.

La mujer, que de tiempo inmemorial acompañó a los hombres al mar, pisa hoy la cubierta y más aún el puente. ¿Transformará ella las armadas? En la medida que asimile las tradiciones y se adapte a la férrea disciplina tal vez devenga un elemento más conservador aún.

¿Es distinta hoy la gente del mar? Por de pronto conserva sus tradiciones, cumple sus rituales. Está vivo su vocabulario, sigue usando “babor” y “estribor”, términos náuticos por excelencia, sin derechas ni izquierdas (pese a tanta ideología envolvente). En una sociedad anómica conserva valores. Respeto al mar, deseo de vencer una tormenta, algo tan grande como el de conocer tierras lejanas. Ejercicio de la conducción, trabajo en equipo, amistad forjada en tantas jornadas de confianza o lucha mancomunada contra las inclemencias del tiempo. Y la creencia en singulares supersticiones que surgen de observar coincidencias, que no son otra cosa que sincronicidades de un mundo casi perfecto. También la gente del mar genera y convive con innumerables cuentos, leyendas, elementos folclóricos y verdaderos mitos que constituyen la atmósfera cultural en que viven.

Un tercer concepto es meditable. Hablamos de “gente” del mar, palabra que alude en general a la marinería. En épocas de las galeras se llamaba “*gente de los cabos*” a la tripulación, hasta hace poco se usó “*gente de proa*” para el personal subalterno, pues allí estaba su camarera y “*gente de popa*” para la oficialidad, por lo mismo. Pero el marino cualquiera sea su procedencia, su jerarquía o su labor, es siempre “gente”, es decir caballero, alguien que porta principios, moral, códigos. No se abandona a nadie en el mar. Se respeta siempre la

antigüedad, aún la del retirado. Se respeta al enemigo. Se brinda hospitalidad. Se vive con respeto y señorío constituyendo un estilo de vida.

La vida libre, en naturaleza, el espíritu camaraderil de a bordo, crean añoranza. El marino extraña su vida en el mar estando en puerto. Refuerza el rol familiar en tierra, extraña la familia estando en la mar. Por eso forma sociedades semicerradas, nucleadas alrededor de los puertos, la gente de mar convive mejor con gente de mar. Esto parece extraño a los demás.

El marino es individualista quizás por la necesidad de ser autónomo, autosuficiente. Aún así interactúa en grupos e integra equipos de trabajo pero resiste al colectivismo, que no se conjuga con su necesidad de libertad. Desde tiempos inmemoriales ha difundido el libre comercio.

Siempre la gente del mar fue considerada especial, distinta de otras. Ni mejor ni peor, diferente. Otros principios, otros códigos, otra educación. Dígase portadores de otro cosmos de valores. Sosténgase, otro estilo de vida. En los albores del mundo occidental, el mismo Aristóteles reconocía tal peculiaridad en *La Política* (Libros IV y VII, caps. 5 y 4, resp.)

Y agregaba más, pues reconocía que en un país acomodado para la cría de caballos se formaba fácilmente una oligarquía sobre la base de la caballería militar e igual sucedía con la infantería pesada que demandaba ingente cantidad de recursos; pero cuando predominaba la infantería ligera y la “gente de mar”, el gobierno se sustentaba en una democracia. En la conducción, no en el mando ni la tiranía, agregamos nosotros.

Y terminaba sosteniendo el gran estagirita “*el Estado debe hasta cierto punto ser poderoso en el mar*”, “*la extensión de las fuerzas marítimas debe ser proporcio-*

nada al género de existencia de la ciudad” y “es preciso que la marina tenga proporciones análogas a las empresas que debe llevar a cabo” (La Política. Libro IV, cap.5)

Cielo arriba y misterios tenebrosos abajo, la gente de mar representa la naturaleza humana quien navega entre uno y otros.

La inmensidad del mar, la visión de infinitas estrellas, la esperanza en un más allá del horizonte, ponen al marino en un peculiar contacto con Dios. Se guía por la Estrella de la Mañana.

Y resta un párrafo para otro ser especial, la mujer del marino. Ella es la que siempre lo ve partir y la que con resignación lo espera, es el sostén del hogar en las ausencias, la que encarna firmeza y paciencia, soledad y recuerdos. La que con esperanza escribe y teje como Penélope. La que una y otra vez muere de tristeza al verlo partir y renace con la alegría de los regresos. Acaso para ella la fidelidad no sea el mero permanecer sino el retornar a su propio seno. Que la Buena Estrella acompañe a unos y otros.

